



A LA TERCERA VA LA VENCIDA

En el vigésimo aniversario del derribo del Muro de Berlín

Mira Milosevich, doctora en Estudios Europeos.
Profesora del Instituto Ortega y Gasset



AFP PHOTO GERARD MALIE

Miles de jóvenes berlineses orientales se encaraman al Muro de Berlín cerca de la Puerta de Brandemburgo.

El 9 de noviembre de 1989 fue derribado el Muro de Berlín, metáfora del Telón de Acero que se extendió desde el Báltico al Adriático durante la Guerra Fría. Fue el final del régimen totalitario comunista de la Europa del Este

y los Balcanes, en su variante soviética y demócrata-popular. Entre 1989 y 1991, los países que habían firmado el Pacto de Varsovia se embarcaban, por tercera vez en su historia, en una triple transición: del régimen totalita-

rio al sistema democrático, del mercado planificado y centralizado al mercado libre, de la hegemonía soviética al Estado-nación independiente. Este tercer intento de transición a la democracia tuvo éxito. Por primera vez, estos países pudieron elegir su propio futuro político y económico. Y así lo hicieron, eligiendo ser miembros de la Unión Europea y de la OTAN. El triunfo de esta transición a la democracia está vinculado al del Estado-nación, único marco posible para el orden liberal. Comprender las peculiaridades de este proceso, así como las causas de los fracasos de las transiciones de 1918 y 1945, nos ayudará a comprender algunos aspectos de la actual crisis institucional y política de la UE.

El final de la Primera Guerra Mundial, en 1918, significó el de los Imperios centrales: alemán, ruso, austro-húngaro y otomano. La aplicación del derecho de autodeterminación introducido por el presidente norteamericano Woodrow Wilson fue la base de creación de nuevos Estados-nación sobre los escombros imperiales. La Sociedad de Naciones iba a servir de marco a los nuevos Estados, donde éstos deberían aprender las reglas de un nuevo orden internacional. Fue entonces cuando los países de la Europa del Este y los Balcanes abordaron por primera vez una triple transición: de los regímenes absolutistas de los Imperios al liberalismo político; del orden

imperial supranacional al Estado-nación; del orden tradicional definido por el predominio de las aristocracias terratenientes, las burocracias y ejércitos imperiales, hacia el orden moderno de las naciones. ¿Por qué fracasaron?

El principio de la autodeterminación iba supuestamente a solucionar los continuos conflictos interétnicos. Sin embargo, no pudo funcionar en la Europa del Este sin provocar nuevos conflictos étnicos por el hecho de que cada una de las numerosas etnias quería su propio Estado; es decir, porque interpretaron el principio de autodeterminación en términos del viejo principio de las nacionalidades: a cada pueblo, un Estado. La Sociedad de Naciones, que improvisó nuevos Estados siguiendo la propuesta de Wilson, carecía por completo de la capacidad de regular los mecanismos económicos liberales sin los cuales es imposible fundar un sistema democrático. Cualquier nación que lo solicitara era inmediatamente admitida como miembro de la Sociedad. La Sociedad de Naciones no pudo servir como instrumento de transición a la democracia porque sus miembros no compartían los mismos sistemas políticos. El fracaso de la transición iniciada en 1918 se debe al hecho de que se agudizó el nacionalismo étnico y el consiguiente revanchismo entre los nuevos y antiguos Estados, lo que, junto con la crisis económica y social,

“Los antiguos países del Pacto de Varsovia lograron la transición del régimen totalitario al sistema democrático, del mercado planificado y centralizado al mercado libre, y de la hegemonía soviética al Estado-nación independiente”

“La ampliación de la UE en 2004 es el triunfo de la transición a la democracia y el éxito de la creación del Estado-nación, único marco posible para el orden liberal”

posibilitó el auge del fascismo y del comunismo y, a la larga, provocó la Segunda Guerra Mundial.

Tras esta última, en 1945, la victoria de los aliados, que no se hubiera producido sin la decisiva ayuda de los EE.UU., parecía ofrecer una nueva oportunidad a otra triple transición: de los Estados-satélites fascistas a Estados independientes, del totalitarismo a sistemas políticos pluripartidistas, del mercado autárquico al internacional. El fracaso de 1945 se debió al expansionismo estalinista, causa principal de la Guerra Fría. Sin embargo, no hay que olvidar que dicho expansionismo fue posible por algunas importantes razones:

1) En Europa del Este y los Balcanes (a excepción de Grecia), los comunistas ganaron la guerra contra los nazis y sus gobiernos títeres. En 1946, en los países del futuro Pacto de Varsovia, los comunistas y sus aliados políticos ganaron las elecciones, no sólo porque habían eliminado militarmente a sus posibles rivales –el caso del general Draza Mihailovic en Yugoslavia–, sino porque en esa época existía en buena parte de la población de esos países una sincera fascinación por el modelo soviético: la victoria contra el nazismo no hubiera sido posible sin el Ejército Rojo y el éxito del socialismo en la industria-

lización de la URSS había sido notable. Muchos europeos orientales querían algo parecido para ellos. La liquidación de los partidos no comunistas comenzaría un año más tarde (1947-1948.).

2) El 9 de octubre de 1944, en Moscú, Winston Churchill, en una reunión con Stalin, aceptó la creación de “zonas de influencia”, entregando a los soviéticos los territorios del sudeste europeo donde los rusos habían dejado sentir su influencia cultural o política. Más tarde, Churchill se dio cuenta de que Stalin no entendía del mismo modo el concepto de “influencia”.



3) Pero además, la Guerra Fría era esperable porque la Alianza entre los soviéticos y occidentales sirvió para derrotar al nazismo, pero no podía funcionar en los tiempos de paz, por las divergencias ideológicas entre los dos sistemas políticos. No hay que olvidar que la URSS decidió respaldar a los aliados en 1942, después de haber sido invadida por Alemania (junio de 1941, Operación Barbarroja), lo que significó la ruptura del Pacto Ribbentrop-Molotov de no agresión, firmado entre el Tercer Reich y la URSS en agosto de 1939.

Hay una serie de hechos que causaron la Guerra Fría, pero es en la Conferencia de Potsdam (17 de julio-02 de agosto de 1945) cuando los occidentales reconocieron su impotencia frente al expansionismo soviético: aceptaron la división administrativa de Alemania y Austria y la anexión de varios territorios germanos a Polonia. El Pacto de Varsovia creó un nuevo imperio con el centro en Moscú y con el mercado centralizado COMECON (1949-1991). La Guerra Fría se mantuvo más de cuarenta años gracias a un feroz sistema de control basado en el ejército y la policía secreta, y, hasta los años setenta, gracias a la colaboración y apatía de la mayor parte de sus ciudadanos.

A pesar de ello, la Guerra Fría contribuyó decisivamente a la construcción

de la identidad europea. No fueron valores (éstos vinieron después), sino temores los que suscitaron la idea de crear una Comunidad Económica Europea: miedo a la guerra y al hambre. El miedo a la guerra y el deseo de dotar a los occidentales de una mayor seguridad en la Defensa fueron los fundamentos de la creación de la OTAN y causa principal del apoyo a una política de preservación del statu quo. La prueba de ello son los créditos y los préstamos que se concedían a los gobernantes comunistas para evitar la desestabilización del sistema. Las revoluciones de 1956 en Hungría y Polonia, y la de 1968 en Checoslovaquia les dejaron indiferentes. Lo cierto es que estas revoluciones tenían un signo nacionalista más que democrático, por más que actualmente se idealicen: no se luchaba tanto contra el comunismo como contra el dominio ruso. El objetivo era crear un socialismo “con rostro humano”.

La creación del Sindicato *Solidarnosc* en Polonia, en 1981, rompió con esta política de indiferencia, por lo menos en lo que se refiere a los EE.UU. presididos por Ronald Reagan y al Reino Unido de Margaret Thatcher. Entre 1981 y 1988, la CIA ayudó con cincuenta millones de dólares a *Solidarnosc*. Reagan veía a Polonia como clave de la desintegración del imperio soviético, tanto por el acceso al papado, en 1978, del polaco Karol Woy-

“Las revoluciones de 1956 en Hungría y Polonia, y la de 1968 en Checoslovaquia tenían un signo nacionalista más que democrático: no se luchaba tanto contra el comunismo como contra el dominio ruso”

“Ronald Reagan, Margaret Thatcher y Juan Pablo II creyeron que la democracia no era sólo un lujo para los ricos. Sin su esfuerzo y compromiso, el derrumbe del comunismo se habría producido más tarde y no de un modo tan pacífico”



tila, como por el hecho de que *Solidarnosc*, ya en 1986, contaba con más miembros que el Partido Comunista. Sin embargo, puso el énfasis en la carrera armamentística contra los soviéticos –reducción de armas nucleares y ampliación de los sistemas de misiles defensivos–, lo que demostró que la URSS no estaba en condiciones económicas ni tecnológicas de dar la réplica al programa americano. Es justo rendir, una vez más, homenaje a Ronald Reagan, Margaret Thatcher y al Papa Juan Pablo II, en el veinte aniversario del derribo del Muro de Berlín, porque sin su esfuerzo y compromiso, el derrumbe del comunismo se habría producido posiblemente más tarde y no de un modo tan pacífico. Y porque creyeron que la democracia no era sólo un lujo para los ricos.

Pero también es justo reconocer que la implosión del comunismo se debió a una crisis prolongada de su sistema económico, político y social, que se traducía en la imposibilidad, por dogmatismo ideológico, de introducir en el mismo las reformas necesarias. Mihail Gorbachov no quería el derrumbe del sistema, pero contribuyó a ello: su declaración del 10 de noviembre de 1986, en una reunión del COMECON en Moscú, de que la URSS no usaría la fuerza para interferir en los asuntos internos de los países del Pacto de Varsovia y la *Glasnost* y la *Perestroika* (Transparencia y Reformas) de 1988, reflejaban el deseo de Gorbachov de europeizar la URSS y la conciencia de que esto no sería posible sin la desovietización de la Europa del Este. Estas reformas no eran suficientes para embarcarse en la transición a la democracia, pero sí contribuyeron al final pacífico del comunismo.

El derribo del Muro de Berlín significó la victoria del capitalismo y del sistema democrático (en la medida en que las sociedades libres se basan en el principio de la legitimidad democrática). ¿Por qué la triple transición, después de 1989, ha tenido éxito en los países de la Europa del Este y los Balcanes?

1º) Porque por primera vez en su historia han tenido la oportunidad de elegir por sí mismos su propio fu-

turo. Contando con el ejemplo de la UE, las esperanzas de una transición exitosa han sido plausibles.

- 2º) Por que por primera vez han tenido un apoyo claro del Occidente, tanto económico como político.
- 3º) Porque, exceptuando los países de la antigua Yugoslavia, estos países no se enfrentaron a las consecuencias devastadoras de la guerra (como fue el caso en 1918 y 1945); las ideologías totalitarias han sido derrotadas; no tienen vecinos peligrosos que intentan dominarlos, y las posibilidades de conflictos étnicos están bastante

reducidas (la imposibilidad biológica y política del retorno de las minorías exterminadas y expulsadas durante y después de la Segunda Guerra Mundial contribuye a ello, aunque sea trágico constatarlo).

El éxito de la triple transición de 1989 culminó el 1 de mayo de 2004 con el ingreso de varios países ex comunistas en la UE. A la tercera va la vencida. Pero, ¿implica este éxito el de la Unión Europea? En términos económicos, sin duda alguna. En términos políticos, todavía no. Uno de los principales obstáculos para el éxito político de la UE es la confusión que reina acerca de la relación entre el Estado-nación como miembro de una entidad supranacional, la UE, que no es sino otra forma de integración política similar a la del proceso de *nation building*, pero a otra escala. La confusión que existe entre los miembros antiguos de la UE es mucho más aguda cuando se trata de los nuevos.



Veinte años no han sido suficientes para borrar diferencias en los procesos de creación del Estado-nación. En el Occidente, el nacionalismo surgió durante y después de la formación de los Estados-nación y es de signo cívico: los ciudadanos tienen los mismos derechos y las mismas obligaciones, con independencia de su pertenencia a una etnia determinada. En la Europa del Este y los Balcanes,

“La Glasnost y la Perestroika reflejaban el deseo de Gorbachov de europeizar la URSS y la conciencia de que esto no sería posible sin la desovietización de la Europa del Este”

“El objetivo político de la UE es convertirse en una entidad supranacional, pero su éxito dependerá mucho de su capacidad de lidiar con los viejos nacionalismos étnicos”

hasta hoy, el proceso ha sido el inverso: el nacionalismo, de signo étnico –y excluyente– antecedió y determinó la creación del Estado. Los ciudadanos de estos países deben olvidar el nacionalismo étnico y aprender el cívico para poder formar parte de la UE.

Frecuentemente se han comparado las transiciones democráticas de los años noventa de los países del Este con las de España y Portugal en los años setenta y ochenta. Hay aspectos comunes entre ellas, pero una gran diferencia: España y Portugal habían existido anteriormente como Estados-nación independientes. Aún más, habían sido metrópolis de grandes imperios. Los países del Este formaban parte de imperios y sólo existieron como Estados independientes entre las dos guerras mundiales. Cualquier pertenencia a un ente supranacional con un centro lejano, aunque sea democrático, todavía produce reticencias entre ellos. Para los occidentales la *libertad* significa la ausencia de un Gobierno opresivo. En la Europa del Este la *libertad* significa autodeterminación nacional y “autorrealización”, lo que quiere decir la ausencia de reglas impuestas desde el extranjero. Los antiguos imperios europeos, como sistemas supranacionales, no fueron capaces de dar una respuesta a los problemas del nacionalismo étnico. El objetivo político de la UE es conver-

tirse en una entidad supranacional, pero su éxito dependerá mucho de su capacidad de lidiar con los viejos nacionalismos étnicos.

El otro gran obstáculo que agudiza la crisis política comunitaria, aunque se ideó para proteger y mejorar a la UE, es el Tratado de Maastricht (1992). A comienzos de los años noventa, hubo un fuerte rechazo hacia los países del Este por parte de los ciudadanos de la vieja Europa y sus élites políticas, exceptuando casos como los de Helmut Kohl y José María Aznar que veían en el proyecto de ampliación nuevas oportunidades económicas y políticas: o sea, más oportunidades para un mayor número de personas en la UE. Paradójicamente, tal rechazo se refleja parcialmente en el Tratado de Maastricht. Y digo que paradójicamente, porque Maastricht sentó las bases de la futura ampliación, pero también impuso un corsé burocrático a la UE, con el fin de fortalecer instituciones que facilitarían el gradualismo de la ampliación y una profundización en la política común. Esta insistencia en las instituciones llevó a la burocratización excesiva de la UE e inauguró una sistemática rectificación de Tratados europeos que ha privado a la Unión de estabilidad institucional. Europa, al revés de lo que sucedía durante la Guerra Fría, ya no sólo se percibe como una identidad basada

“La ampliación de la UE ha contribuido decisivamente a la democratización de los vecinos del Este, en interés de su propia seguridad, pero también ha deteriorado la confianza política en las propias posibilidades”



en la libertad y defensa de los derechos individuales, sino también como una maquinaria burocrática que amenaza a éstos.

El Tratado de Maastricht nos ha dotado del euro y de la ampliación, pero también es el resultado de la desconfianza hacia los nuevos socios. La ampliación de la UE ha contribuido decisivamente a la democratización de los vecinos del Este, en interés de su propia seguridad, pero también ha deteriorado la confianza política en las propias posibilidades. Devolver la confianza po-

lítica al proyecto europeo es condición necesaria para el éxito de la Unión como espacio de libertad y seguridad común. Lo que contribuyó decisivamente a la creación de la identidad europea durante la Guerra Fría fue el enemigo común, la ideología y el sistema comunista. Hoy por hoy, el enemigo de la UE son los problemas concretos –económicos, de terrorismo, de nacionalismo, de inmigración o demográficos–. La solución de ellos, en beneficio de todos los europeos, contribuirá a reforzar la confianza política en la Unión.



DG Educación y Cultura

Programa «Europa con los ciudadanos»

Con el apoyo de la Unión Europea: apoyo a organizaciones activas a nivel Europeo en el campo de la ciudadanía europea

 **faes**
www.fundacionfaes.org

papeles@fundacionfaes.org